

ANGUILAS DORADAS, *BABY* Álvaro Beltrán Urrutia

Estás desnuda y te duele el sexo. Anguilas doradas sobre tu pecho intentan curvarse en los rulos que fueron alguna vez; allí en tu vientre hay vida hace cuatro meses; a veces se mueve, detestas que se mueva y lo detestas a él. Ella. Eso. Lo que sea.

El sol se asoma tímido entre las persianas, ya es hora de que te levantes. Obedeces a la rutina con desgano, con resignación. Las paredes te miran indiferentes, ya han olvidado la lujuria que alguna vez provocabas. Ascoascohaz como si no te diese cuenta, ponte el vestidillo que yace muerto al costado de tu cama, doma a la leona sofocando tu melena entre lazos, libérate del maquillaje con las sábanas y camina hacia el espejo. Obsérvate con detenimiento, mira las arrugas que escapan de la comisura de tus ojos, la piel que se rinde ante la gravedad alrededor de tu cuello, los labios blancuzcos y partidos, el pómulo aún amoratado y la barriga que ha empezado a abultarse detrás de la seda blanca corroída por los años. Siéntate sobre la cama, cierra los ojos e intenta olvidarlo todo.

La cocina siempre está algo sucia y eso que la María viene a limpiarla todas las tardes. No sabes por qué le sigue pagando, pero es su plata y puede hacer con ella lo que le dé la gana. Son casi las dos y tú todavía no desayunas, ya no recuerdas cuándo fue la última vez que comiste a la misma hora dos días consecutivos, esta vida te está matando. Prepárate unos huevos revueltos y obliga a tu garganta a pasar lo masticado, arde el bolo mientras reptas a través de tu faringe, resiste.

En el televisor no hay nada más que telenovelas colombianas, sucede lo mismo en todas y a veces incluso los actores se repiten. Pero tú las miras cada vez que puedes; miento, las miras todo el rato. Ves los valles amplios, las casas grandes, las manos entrelazadas y los labios que se unen en besos interminables.

Ya llegan y otra vez se te ha hecho tarde. Rápido, ponte los tacones y pintarrájate la cara como mandan los cánones del oficio. Huye del espejo, tiende la cama, báñate en perfume para no oler a mediocridad. Baja a la sala y espera, tú sabes lo que tienes que hacer.

La puerta se abre. Ante ti, Dios y su lacayo más fiel. Tu ángel de la guarda y diablo más temido. El primero cuenta el dinero y asiente, el segundo te toma del brazo y te lleva hacia la habitación. Quítale la camisa y bésale el cuello, ahí es donde más le gusta. Desliza tu mano por debajo de los pantalones. Deja que te arranque el polo, que se pierda entre tus senos. Gime, déjale saber que disfrutas de esto tanto como él. Deberías ceñirte al protocolo, abrirle las piernas, perderle entre tus brazos y dejar que el tiempo pase. Pero tú no puedes dejar de verle los labios, y te atreves a deslizar tus manos por su cuerpo, que hoy luce mejor que nunca; tú te armas de valor, de estupidez, y acercas tu boca hacia la suya.

El movimiento se detiene y no tienes tiempo de reaccionar. El puñetazo te ha destrozado la nariz, lloras. Está molesto por tu desobediencia, por tu falta de inteligencia. Te ha comprado como carne, no como mujer. No puedes levantarte y él se masturba sobre lo que queda de ti, para luego irse sin decir nada.

Corres hacia el velador donde descansa el pecado, pecado bendito que te llama y limpia entre llamas. La serenata del metil en el octavo carbona suena en tu cabeza mientras tu nariz inhala como el flautista que le dará sentido a toda la pieza.

Las paredes se doblan sobre ti para protegerte, las sábanas te acurrucan, tus ojos se rinden ante el sueño y la luna desaparece atrás de las persianas. Escuchas el latir de dos corazones y, a lo lejos, un grito desgarrador.

Estás desnuda y te duele el sexo. Anguilas doradas sobre tu pecho intentan curvarse en los rulos que alguna vez fueron; allá en su vientre... Espera, hoy no se mueve. Hurra.